

HOMENAJE A JUAN CARLOS DEL BELLO

Por *Cynthia Jeppesen*

El Director de la revista, Norberto Fernández Lamarra, me ha solicitado que escriba unas líneas de despedida con motivo del fallecimiento de Juan Carlos del Bello, ocurrido en septiembre pasado. Me honra este pedido pero a la vez me resulta un desafío porque no es mi intención ser recurrente y volver sobre lo ya mencionado en los diversos espacios donde se han destinado palabras para reconocer su trayectoria y su obra. Creo que, a esta altura, huelgan las palabras. Todos conocemos el empeño en su trabajo y la importancia de su labor en el ámbito de la Educación Superior y las Políticas de Ciencia y Tecnología.

Tal vez valga la pena detenernos y recordar momentos compartidos en los años en que se proyectó una reforma del sistema de educación superior a través del programa articulado con el Banco Mundial, mientras se discutía y, ya más adelante, se ponía en marcha la Ley de Educación Superior 24521. Y todo ello pensado y coordinado por Juan Carlos. Lo que es más, siempre estaba al tanto de todo. Seguía cada detalle. Delegaba en sus equipos, instaba a la creatividad, pero a su vez era importante para él saber cómo se desarrollaban los proyectos y las actividades, en todos sus detalles. Es decir, era un jefe presente y obsesionado porque las cosas salieran como las había pensado y planificado.

Pero su interés no era solamente el programa o proyecto del momento. Se interesaba también por las nuevas generaciones, las que en la década del '90 estábamos haciendo estudios de posgrado o iniciando nuestros primeros pasos en la vida profesional. Era importante para él que los más jóvenes nos involucráramos con compromiso. Que aprendiéramos. Que reflexionáramos... a pesar de que no siempre compartíamos los puntos de vista, lo que a veces se expresaba en discusiones un tanto acaloradas, pues era un hombre de carácter, el debate y el intercambio eran moneda corriente en el ambiente de trabajo.

Desde su perspectiva, la gestión de las instituciones y de las políticas de educación superior y de ciencia y técnica requerían de personas con algún grado de preparación para enfrentar los desafíos de cambio institucional. A modo de anécdota, basta recordar que estaba al tanto de cuándo y cómo alguien del equipo defendía la tesis... en medio de tantas responsabilidades, se acercaba y preguntaba “¿cómo te fue?”. Esa era una manera de marcar lo que era importante y a la vez destacaba la manera en que valoraba su equipo, sin importar jerarquías.

Lo mismo puede decirse de su paso por la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria, donde su presencia en el Directorio permitió profundizar la implantación de las evaluaciones y acreditaciones de carreras. En momentos donde se diseñaban procesos y criterios, su mirada crítica y aportes eran sin dudas considerados. El mismo compromiso en los lanzamientos y pruebas piloto, en las sesiones de Directorio. Los debates eran calientes y a la vez esclarecedores. Siempre aprendimos.

A Juan Carlos lo recordamos como un hombre de carácter y de convicciones. En todo momento dispuesto a dar su aporte; la respuesta ante alguna consulta estaba aún si las comunicaciones eran esporádicas. Casi como un juego del destino, ese día final, antes del mediodía y después de varios meses sin intercambios de por medio, conversamos sobre el doctorado en Estudios Sociales de CyT de su universidad.

El estaba y estuvo presente. Su mirada modernizadora marcó un horizonte para la educación universitaria y el sistema científico – tecnológico. Más de veinticinco años después de esas iniciativas, su visión sigue siendo vigente e indispensable para enfrentar las complejidades y desafíos que se insinúan en los tiempos por venir.